

teatro mientras Luzbel se inclina a recoger una palomita de maíz que hay en el suelo.)

5 de octubre de 1969

CARTA DE SOR JUANA A DOÑA MARGARITA

Sra. Margarita Urueta
Teatro Hidalgo
México, D. F.

Ingenua Margarita:

Mucho se ha escrito sobre mi nada humilde persona desde mi prematura muerte acaecida el 17 de abril de 1695, y estoy ya acostumbrada a los elogios, desde que en vida se me llamó la Décima Musa, hasta el psicoanálisis que trató de hacerme *post mortem* el señor Ludwig Pfandl, pasando por el inteligente Méndez Plancarte, por el atinado Manuel Toussaint, por el apasionado Francisco de la Maza, por el profundo Abreu Gómez y por muchos más que seguramente tú no has leído ni por asomo, pues de otra suerte no habrías escrito sobre mí esa obra teatral que intitulaste *Confesiones de Sor Juana Inés de la Cruz*. Antes de pasar a explicarte mi enojo, quiero declarar públicamente que jamás se me ha ocurrido ir a la Tierra y aparecerme ante ti para pedirte que escribieras mis Confesiones, pues además de que no ceso todavía un minuto de estudiar y de leer en este maravilloso sitio en el que me encuentro, no perdería mi valioso tiempo (aunque sea eterno) en jugar a las apariciones, como has declarado en los diarios de nuestro México. Comprendo que para hacerte publicidad quieras lucir como una especie de Bernadeta, pero te suplico que no me mezcles en tus sesiones de ultratumba, pues me precio de no pertenecer a la clase de los espíritus chocarrros.

Pasemos a analizar tu obra. ¿Por dónde comenzar para no extenderme demasiado? Cada una de las escenas y hasta cada parlamento vale una crítica, pero debo ser breve. Te diré, pues, para

dar principio, que mi buena amiga la marquesa de Mancera sólo fue virreina de la Nueva España hasta el año de 1674, en que muere, y en ocasión tan funesta escribí un agradecido soneto. No estuvo conmigo, como tú la haces aparecer, hasta el momento de mi muerte. Después del marqués de Mancera fueron virreyes, de 1673 a 1680, fray Payo Enríquez de Rivera. De 1680 a 1686, don Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes y marqués de la Laguna, cuya esposa también me favoreció mucho y a la que confundes, o fundes, con la Mancera, y en el momento de mi tránsito al otro mundo era virrey don Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza. Ya ves que mi buena amiga la Mancera sólo en espíritu podría haber estado conmigo tanto tiempo, aunque después de haberme enterado de tus aficiones extraterrestres, caigo en la cuenta de que seguramente eso quisiste decir en tu pieza. ¿Por qué permitiste que le pusieran diadema a la virreina? ¿Y por qué que el virrey saliera vestido como el último de los lacayos y sin la hermosa peluca con la que aparece en su famosa pintura? Por otra parte, el actor Servín, que interpreta al marqués de Mancera, lo hace muy mal, pues se nota forzado en sus ademanes y parece uno de esos anuncios de dentífricos que están de moda en la Tierra.

Sigamos adelante, Margarita que has hecho pagar caros mis pecados: ¡Hablas de Juegos Florales (es el término que usas y que aún no puedo creer) para referirte al Certamen Poético a la Purísima Concepción que convocó la Real y Pontificia Universidad de México en 1680! Y me presentas recibiendo una “flor de oro”, como ahora se acostumbra, en lugar de dos humildes bandejas de plata que me correspondieron por mi composición en el Triunfo Parténico, según lo tituló don Carlos de Sigüenza y Cóngora, al que ni siquiera mencionas a lo largo de toda la obra, siendo un personaje de tan alta significación en mi vida terrestre. Y por fin me haces recibir esa “flor de oro” vestida de dama de corte, cuando ya tenía entonces más de diez años de estar en el convento de San Jerónimo. ¡Ay, Margarita, Margarita, algún día alguien escribirá también una obra teatral sobre ti y no te va a gustar que desvirtúen en esa forma tu vida! He dicho antes que no mencionas siquiera a Sigüenza pero en cambio al jesuita don Antonio Núñez de Miranda lo haces aparecer constantemente

como una “sombra de mi mal esquivo”, siendo que el padre Miranda y yo no nos vimos por espacio de veinticinco años porque nos separaron discusiones teológicas y literarias que sería prolijo enumerar. Y también haces aparecer a un “padre canónico” (¿qué será eso?) que es algo así como un fraile de calendario de vinos y que anda continuamente dentro del convento, y eso es inadmisibile, Margarita. ¡Un hombre viviendo en San Jerónimo! ¿Qué no has leído nada acerca de la vida claustral en la Colonia? Y lo vistes de gris con hábito semifranciscano.

¿Qué más podría decirte de lo mucho que tengo por reclamar-te? La escenografía no es tu culpa, aunque como directora debiste rechazar esas columnas romanas con unos arcos renacentistas al frente. ¿Qué no hay fotos de mi claustro? Lo que es más grave es la motivación que das para que la madre superiora me quite el papel y la tinta (hecho falso, puesto que lo que me prohibieron fue leer) o sea porque de tanto escribir caí enferma. Y fue justamente lo contrario; caí enferma de ira, de impotencia, de desesperación porque me impidieron estudiar, cometiendo una de las peores injusticias que se le han hecho a un escritor. No me detengo y sigo adelante. Esa “nana” que con sadismo haces que esté siempre presente en toda mi vida, jamás existió cuando yo estuve en el convento. Mi madre me dejó una mulata joven llamada también Juana, pero ella estaba siempre en la cocina o en los lavaderos y no se metía para nada en las casitas, que no celdas, de San Jerónimo, y mucho menos se iba a atrever a azotar a la madre superiora aunque ésta se lo mandase. ¡Qué desconocimiento del mundo virreinal! ¡Qué continuo caer en concesiones burdas para el público!, como la escena en que las monjitas que más parecen anuncio de rompopé, me pican con alfileres. No, Margarita: mis compañeras me molestaban con su continua conversación, y de ello llegué a quejarme, pero no con alfileres ni cosa que se le parezca.

Como se desconoce parte de mi vida, o sea aquella que pasé en la corte, incurres en el error que se ha venido cometiendo desde hace siglos, o sea el de inventarme un romance. Esto te lo perdono porque eres mujer y ustedes no conciben la vida sin un romance. (Yo no fui ni hombre ni mujer: fui poeta.) Pero no me gustó el torpe convencionalismo que usas para que yo me

entere que fui hija natural. Dices que al pensar en contraer matrimonio, mandé a mi hermano Flavio (jamás tuve un hermano con ese nombre, el mío se llamaba Diego) a Nepantla por mi “acta de nacimiento” (¡Ay, Margarita, esos trámites burocráticos no se usaban en el siglo xvii), y al leerla, lloro por mi madre y recito mis redondillas más conocidas y más deficientes en contra de los “hombres necios”. Truco efectista, inútil, sobre todo inútil.

Mucho más podría seguir reclamándote y desmitiéndote, pero ya me cansa el tratar de asuntos tan superficiales. Me haces morir delante de un confesionario, en pleno patio del claustro, quitándome toda dignidad. Me haces aparecer dentro de mi celda (que no era celda sino una casita de dos pisos dentro del convento) con el escudo de la orden constantemente colocado sobre mi pecho, mientras que el resto de las monjas no lo usan, ni siquiera la superiora, cosa lógica, ya que no te has puesto a imaginar lo incómodo que sería andar a todas horas con semejante mamotreto en el pecho. El escudo sólo se usaba en las grandes ocasiones, y una de ellas era justamente el posar para una pintura, como posé para Miranda y de allí se inspiró Cabrera para pintarme y llegar a estar hasta en calendarios de oficinas burocráticas. Y pongo punto final a mi carta no atenagórica, recordándote tan sólo que el padre Miranda, jesuita, no iba a pedirme y exigirme que escribiese la “Crisis de un sermón” en contra de otro jesuita, el padre Vieyra, y también recordarte que yo era una monja decente y no una presa de la cárcel de mujeres, quienes son las únicas que escriben en las paredes.

Sor Juana Inés de la Cruz

12 de octubre de 1969

TRES CLÁSICOS EN LA ZONA ROSA

(Obra en un acto)

Anochece en el D. F. por las calles de Hamburgo, casi esquina con Niza, el turismo, el snobismo, el folklorismo y muchos otros